



Fuente: archivo de antropología visual PCCP

HOMENAJE:  
**MANUEL MARZAL**  
FUENTES  
(1931-2005)

## ALEJANDRO ORTIZ RESCANIERE

Conocí a Manuel Marzal en 1969



Manuel Marzal (al centro) con sus dos primos.

En 1969, el Fundo Pando era una selva enmarañada más que una hacienda abandonada. Los jardines cuidados y las casetas de las aulas conformaban un espacio pequeño y amable en medio de frondosos árboles, arbustos espinosos, de rosales, cañaverales y huacas polvorientas; las fronteras entre la universidad y la ciudad eran imprecisas, a falta de un letrero, portón o cerco, las señas demarcatorias debían ser imaginadas: una hilera de ficus, una acequia maloliente, los muros de barro de un camino inca. En ese año y en ese, lugar que conocí a Manuel Marzal. Él fue quien me recibió: «Ah, bueno ¡te han contratado por medio tiempo!» Me señaló un pequeño escritorio en un lugar más bien oscuro y pequeño. «El horario de medio tiempo es de 8 a 12, de lunes a viernes». Fue amable y grave a la vez, como solía ser. Ese recibimiento, las casetas de la Facultad de Ciencias Sociales, una cierta dinámica de las clases, no me sorprendieron. Estaba dispuesto a todo luego de haber pasado el último año en París bajo un espíritu que se resumía en el epigrama: «Está prohibido prohibir». Pero no me acostumbré. El orden me daba tedio; las conversaciones parecían susurros sin ardor. Para mí, Manuel Marzal era el símbolo de ese orden. Mucho tiempo se demoró Manuel en domesticarme.

Y por él, en su vecindad (nuestros cubículos eran colindantes), por su ejemplo y amistad, fui descubriendo que esos jardines conquistados a la hacienda herida de muerte no eran el reflejo del pensamiento manso y sin sorpresas que nuestro prejuicio asociaba con lo jesuítico y lo académico, sino las marcas visibles del sosiego que trae el ejercicio libre del intelecto; en estos jardines no es necesario pintar en las paredes aquel sano rechazo al autoritarismo: «Está prohibido prohibir»; fue Marzal quien me señaló una vía más fértil que el aforismo anarquista: cierta vez contaba a Manolo que Carmen María Pinilla me había propuesto publicar el epistolario entre José María Arguedas, mi padre y yo más un testimonio nuestro sobre este novelista. Esa tarde, había decidido rechazar la oferta, no quería revivir ese pasado hermoso que terminó de manera abrutada y trágica. Manolo me escuchó en silencio. Luego me preguntó: «Las cosas que se dicen sobre Arguedas, ¿te parecen ciertas y justas?» Le respondí que no, que en general las encontraba inexactas, tendenciosas, que presentaban un personaje mistificado y al gusto de un cierto imaginario medio intelectual. Entonces Marzal me dio un consejo: «Alejandro, la verdad nos hace libres; da a conocer esas cartas y escribe tus recuerdos; te liberará de ese pasado. No temas decir la verdad, ¿no me has dicho que estás entusiasta con *El discurso contra el método* de Fereyabent y no me has alabado siempre ese “Está prohibido prohibir”? Haz patria, di la verdad». Publicamos las cartas y los recuerdos; no sé si fui patriota, pero dejé de lado mis temores y troqué la sentencia parisina por la aun más radical de San Pablo: «La verdad nos hace libres».

Me gustaría terminar esta evocación con otra anécdota de Marzal. Habíamos estado en la fiesta de despedida de la reunión del ALER en México. Bebimos y charlamos bajo un cielo helado. Marzal bailó con la gracia inefable de los que no saben hacerlo. De retorno, durante el largo trayecto que nos llevaba a nuestra habitación compartida, no sé a propósito de qué le decía incendios contra los colegas, que con superioridad moral pregonaban estar con los pueblos oprimidos y lo hacían gracias a financieras que les pagaban para que así hablaran. «Se irán al infierno», terminé exaltado con mi propia diatriba. Entonces, Manolo se detuvo, se apoyó en el muro —pues había bebido más de una copa—, y luego de un silencio me dijo: «Sí, esas imposturas son desagradables. Pero, creo que Él es tan bueno que seguro que los perdonará; sí, mira, yo creo que al final, nos perdonará a todos. No es muy educativo decir esto, pero pienso que así será». «¿Hasta a Hitler y Stalin?» «Siempre llevas las ideas al límite; aprende de los jardines de la Católica; son hermosos porque no son desmesurados. No sé; ¡Él es tan bueno como justo!»

Manolo hizo de este revoltoso de Mayo del 68 un profesor de la Católica. No es nada; lo importante



Manuel Marzal, 7 de septiembre de 1949

son sus aportes a la Universidad y a la ciencia: fue autoridad universitaria y promotor de la especialidad de Antropología en nuestra casa de estudios, investigó la religiosidad po-

pular y el pensamiento antropológico americano, publicó mucho y fue un maestro. No olvidaremos a Manuel Marzal. Si la verdad nos hace libres, la memoria humaniza el tiempo.

## JUAN M. OSSIO A.

Manuel Marzal Fuentes

Ha pasado poco más de un año desde que nuestro querido Manolo nos dejó, pero su recuerdo es cada vez más vivo. El vacío dejado entre los que lo frecuentábamos cotidianamente en el Departamento y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú es realmente abismal. Para muchos de nosotros, no se trataba solo de un colega, sino de un amigo fraterno, atento siempre de nuestro bienestar. Conocedor de nuestras potencialidades, siempre tenía una palabra de estímulo para que estuviésemos a la altura de lo que podíamos rendir. Prolífico autor de numerosas y voluminosas obras, él se constituía en ejemplo de constancia y pasión por el quehacer intelectual. Para los alumnos, él no solo era un talento pedagógico por su orden y clari-

dad expositiva, sino el maestro dispuesto a pasar muchas horas fuera de las aulas atendiendo hasta los problemas personales de sus discípulos. Su primera obligación era cumplir con el largo peregrinar de estudiantes y colegas que desfilaron por su oficina y cuando el flujo mermaba, muchas veces bastante avanzada la tarde, retomaba los escritos que había dejado pendiente.

Era el año 1971 cuando lo conocí. Hacía algún tiempo había regresado de Inglaterra y Fernando Fuenzalida me pidió que me reintegrara a la Pontificia Universidad Católica en calidad de profesor contratado a tiempo completo en Antropología. En 1966, había dejado mis obligaciones con esta universidad, para ir a estudiar a la Universidad de Oxford, cuando Antropología era todavía parte de humanidades. Si bien ya hacía como dos años que estaba vinculado como docente en esta especialidad, Manolo todavía no era parte del plantel de profesores. Su incorporación como tal dataría del segundo semestre de 1968.

Recuerdo que Antropología, junto con el resto de Sociales, operaba en unas casetas cerca del área de ciencias que luego ocuparía Derecho. Fue en estos ambientes que nos conocimos, pero casi ni necesitamos presentación. Quizá porque la comunidad de antropólogos era todavía muy pequeña, ya sabíamos quiénes éra-



Manuel Marzal con sus hermanos el día que pidió permiso para venir al Perú.

mos, de modo que al vernos fue como si hubiésemos dejado de frecuentarnos después de algún tiempo. La amistad se gestó de inmediato y más cuando los temas que nos interesaban resultaban bastante afines, aunque enmarcados en tradiciones académicas diferentes.

Por aquel entonces, ya había publicado su libro sobre la religión en Urcos y me impresionó mucho el tercer capítulo que versaba sobre la imagen que tenían los pobladores sobre el origen del mundo y la humanidad. Pergeñando *Ideología Mesiánica del Mundo Andino*, reparé de inmediato en lo adecuado que este capítulo resultaba para el ordenamiento que le quería dar a este libro. Con la generosidad que siempre lo caracterizó, no puso ningún reparo en autorizar su publicación. Más aún, se sintió muy contento de que formase parte del repertorio de trabajos que venía acumulando y de saber que yo también me aventuraba por el tema religioso.

Esta colaboración seguiría con el correr de los años y debo decir que me cabe el gran honor de ser uno de los partícipes del tomo 4 de religiones andinas de la Enciclopedia Iberoamericana



Archivo de antropología visual PUCP

Manuel Marzal torciendo en el colegio jesuita.

de Religiones con que concluyó su prolífica labor en el campo de las publicaciones.

Desde aquel hito inicial hasta el final, desarrollamos un largo diálogo académico que a veces lo alternábamos con comentarios sobre la actualidad política. Algunas veces, tuvimos discrepancias menores, pero nunca cuando se trataba de defender la democracia. No podía ser de otra manera dada su condición respetuosa del "otro" y de los derechos humanos.

Ser sacerdote no lo hizo menos capaz de comprender y res-

petar las creencias religiosas de otros pueblos. De ello dan cuenta sus múltiples publicaciones que versaron sobre este tema, sus clases y su interacción con los actores indígenas. En realidad, sin su don de apertura difícilmente habría conquistado la confianza de estos últimos tan necesaria para el corolario exitoso que alcanzaron sus obras.

Fue este don además de su generosidad, rectitud, ponderación y carisma personal los que fueron cimentando entre nosotros una sólida amistad que se consolidaría aun más al ungrirle el Sacramento del Bautismo a mi

hijo Juan Luis. Personalmente debo confesar que siento una gran nostalgia por sus siempre atinados y cariñosos comentarios. Creo que este sentir es compartido por muchos de nosotros, pues sus juicios equilibrados fueron siempre una garantía para el funcionamiento de nuestra facultad y de la universidad en su conjunto. Solo nos queda honrar su memoria ayudándonos a forjar una mejor cohesión entre nosotros y a desarrollar nuestras potencialidades para que, con este ejemplo, las futuras generaciones contribuyan a engrandecer las espigas sembradas por nuestro recordado Manolo.

## GUILLERMO ROCHABRÚN S.

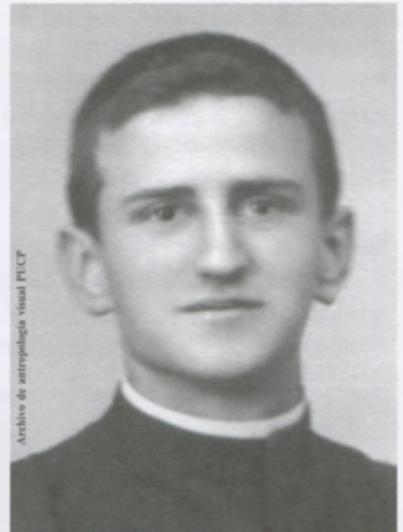
Mis deudas con Manolo Marzal

Me es sumamente difícil escribir sobre Manolo, porque siento que a pesar de mi gran aprecio por él lo conocí poco. Y es que, al comienzo, todo nos separaba: la profesión, los temas de interés, las opciones teóricas, la religión, las distancias políticas. O al menos así lo creíamos. Hoy es difícil saber cuánto tuvieron de cierto, o de autoimpuesta ceguera. Valga al respecto una anécdota de la cual supe sólo recientemente: cuando Manolo llegó a la PUCP a fines de los años 60, convocado por el entonces Rector Padre Felipe MacGregor S.J., los ingenieros, recelosos de este último, comentaban que Manolo «seguramente era otro rojo más». ¡Claro, si lo traía MacGregor!

Y aun así, desde el ángulo de mi carrera académica Manolo tuvo un papel tan discreto como importante y eficaz. Fue a propósito de mi libro *Socialidad e Individualidad*. Yo había recibido un Semestre de Estudio e Investigación en el cual

debía terminar un borrador sobre diversos temas de teoría sociológica, varios de los cuales tenían que ver con mis cursos. La tarea me quedó mucho más ancha de lo que me había imaginado, y (para hacerla breve) no cumplí con el plazo convenido. La deuda con la Universidad así como la tolerancia de ésta duraron un buen tiempo, hasta que un día, en «misión oficial», Manolo me citó a mi oficina y me planteó el asunto en los términos más amistosos que uno se pueda imaginar. Me hizo ver (o creer...) en la importancia que tendría el texto, y mil cosas por el estilo. Tal fue el estímulo que así recibí que un tiempo después el manuscrito estuvo terminado. Unos meses más tarde el libro entraba en prensa. A él se lo debo.

Tuve luego la satisfacción de leer algo de la obra de Manolo a raíz de que en algunas ocasiones los colegas de Antropología me han confiado cursos sobre los llamados «clásicos» de las ciencias sociales.



Retrato a «Manolo».

Tratando de darle algún interés local a la sociología de la religión de Weber y Durkheim, recalé en algunos de los tantos libros de Manolo, como *Los Caminos Religiosos de los Inmigrantes en la Gran Lima*, o *El Sincretismo Iberoamericano*. Como sabemos, amén de sus libros de historia de la teoría antropológica, su obra escrita está centrada en la antropología religiosa, dentro de la que destaca nitidamente el tema de la transformación religiosa a través de procesos de sincretismo, y a través de las mi-

graciones. Sobre el sincretismo tuvimos una conversación muy provechosa para mí, que lamento no se repitiera.

En estas lecturas, pude percatarme de su severidad metodológica, de su apego a la evidencia etnográfica que pone a raya los conceptos y las teorías para que primero «hablen los datos». Siendo como él profesor de «teoría», me complació muchísimo encontrar en

sus textos esta sana práctica, la cual no dejo de recomendar a los «teóricos». Eso sí, en contrapartida no dejo de echar de menos alguna reflexión teórica final, que Manolo solía reemplazar por una reflexión pastoral, pero se trataba de hacer coexistir al antropólogo con el sacerdote. Con un sacerdote que buscaba colocar sus textos al servicio de una comprensión profundamente cristiana y *humana* del que, en particular

para la Iglesia Católica, sigue siendo «el otro».

Llego al final de estas líneas, y encuentro que mis dificultades iniciales se han desvanecido. Recuerdo entonces sus palabras cuando al retirarse de la PUCP en calidad de Profesor Emérito, al asumir el rectorado de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, nos dijo finalmente que aquí «he sido muy feliz».

## JOSE SÁNCHEZ PAREDES

Manuel Marzal S.J.: maestro y amigo

Empezaba mi segundo ciclo en la especialidad de Antropología, hace ya varios años, habiéndome matriculado, como era lógico, en el curso de *Pensamiento Antropológico I* con el Padre Marzal. Éramos una clase numerosa y empezó preguntándonos nuestros nombres a cada uno y de dónde proveníamos. Con su habitual sonrisa entre amable, amistosa y paternal, se gastó algunas bromas con nosotros para romper hielos, después de lo cual inició «implacable» e incontenible la

presentación del curso. Recién lo conocía, solo había oído hablar de él, y en verdad no fueron muy auspiciosas las referencias que cierto compañero poco aplicado me había dado de él describiéndolo como «jalador». Confieso que llegué con cierto prejuicio y no poco temor. Sin embargo, desde ese mi primer día de clases y después de acercarme tímidamente a hacerle algunas preguntas sobre el sílabo, que él me respondió con mucha amabilidad, la imagen que me habían formado de él quedó definitivamente «transfigurada». Me impactó enormemente esa mezcla de sencillez y disciplina suyas, pero, sobre todo, su personal preocupación por cada uno de nosotros, nuestro avance en el curso y hasta por nuestros problemas personales.

Yo venía de un ambiente en Estudios Generales Letras en el que el «movimiento» estudiantil era sumamente activo, a través de los Centros Federados y la FEPUC; eran frecuentes, muy agitadas y tensas las polémicas entre «izquier-

das» y «derechas»; había marchas, paros estudiantiles, protestas frente a las oficinas del rectorado. Piquetes de estudiantes irrumpían en las clases ruidosamente con arengas en contra de los «reaccionarios» que ignorábamos todas esas manifestaciones poniéndonos de espaldas a las «luchas» del pueblo. Frente a todo ese clima mi posición era, para mí clara, para los demás, «ambigua»: quería estudiar, seguir los cursos sin sobresaltos ni tensiones. Ya tenía mis propios compromisos sociales trabajando en movimientos juveniles parroquiales en una orientación «liberadora» de acercamiento a obreros y a sectores populares. Por ello, el clima ideologizado de la universidad, me resultaba agobiante, redundante y hasta «estresante», porque esa praxis cristiana que yo tenía, para mis compañeros del movimiento estudiantil era de escaso valor frente a la otra «más» comprometida y política que ellos propugnaban. En este contexto de cosas, llevé mi primer curso con Marzal y creo que mi casi inmediata sintonía con él se debió a ese espíritu de trabajo académico fuerte y exclusivo que encontré desde sus primeras clases. Mayor fue nuestra empatía cuando le manifesté mi interés por los temas de religión y el deseo de basar mi mono-



Manuel Marzal: noviciado de Padres jesuitas



Cuernavacas 27 de Julio de 1963.

grafía del curso en una lectura crítica del libro *Religiones primitivas* de Robert Lowie. Las asesorías reiteradas, el préstamo que me hacía de sus libros, las conversaciones que teníamos fuera de clase sobre cómo mi trabajo parroquial juvenil había despertado mi interés antropológico por la religión, fueron en conjunto decisivas para iniciar una estrecha relación de maestro y alumno que se hizo después de amistad. A pesar de toda esa efervescencia izquierdista en las ciencias sociales, nunca supe de una réplica o confrontación abierta de parte de algún estudiante «progresista» por los temas «conservadores» que se abordaban en las clases de Marzal. De manera serena pero decididamente firme, y en no pocas ocasiones con irreducible e incontestable energía, el Padre Marzal imponía, no sus ideas, sino la de los autores que presentaba. «Qué profesor tan difícil» escuchaba decir a algunos estudiantes.

Pasaron los semestres de estudio y muchas monografías de cursos escritas sobre temas de religión, hasta que Marzal me invitó a trabajar con él como asistente en su investigación sobre *La transformación religiosa peruana*. Aun cuando ya lo conocía bastante tiempo, a pesar de sus múltiples iniciativas a que lo tratara con mayor confianza, fue

sumamente difícil para mí «tutearlo» y llamarlo Manolo, como lo hacían sus amigos y colegas. Recién pude hacerlo unos años después cuando trabajé con él en la investigación sobre *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la Gran Lima*, realizado en El Agustino. Entonces, cuando debía celebrar misas y participar activamente en las celebraciones religiosas, se apoyaba en mi «experiencia» parroquial para ayudarme a organizar esa parte de la observación participante. Allí lo descubrí como antropólogo de campo, incansable, caminado entre los empedrados y terrales del Agustino a pesar de la flebitis que le amorataba las piernas. Fueron jornadas muy intensas y muy humanas, compartiendo con la gente de esos lugares sus apasionantes experiencias en la religión popular.

Habiendo terminado el postgrado e incorporado ya como profesor en la PUCP, vino la larga etapa de trabajo con el Seminario Interdisciplinario de Estudios de la Religión, SIER, conjuntamente con nuestra actual Decana, la profesora Catalina Romero. Organizamos cursillos de extensión, ciclos de conferencias y promovimos la publicación de nuestras investigaciones, además de mantener ac-

tivo el seminario durante doce años consecutivos.

Manolo Marzal, además de excelente maestro y colega, fue un gran sacerdote y mejor amigo. Después del accidente automovilístico que sufrió dentro de la Universidad y que lo mantuvo varios meses en recuperación, fui asignado a compartir con él la oficina que durante muchos años había sido de su uso exclusivo y a la que acudía en mi época de estudiante a pedirle asesorías. Creo que esta fue una de las mejores épocas de nuestra amistad. Fueron cortos pero muy intensos y estrechos años compartiendo un despacho, conversando bastante, haciendo muchos planes de trabajos juntos, pero también de ir percibiendo en él el paso y el peso de los años. No obstante el tiempo transcurrido desde que tímidamente le consultaba mis dudas al final de la clase, hasta el último momento me trató con el mismo cariño, amabilidad y afecto paternal y amical de siempre. No puedo dejar de mencionar, casi a modo de confesión personal, que desde muy joven y antes de la Universidad, me había yo planteado la posibilidad de la vida religiosa, cosa que una



En la mina Carolina.

vez concluidos mis estudios puse en su conocimiento. Fue un año de mucho trabajo personal, de búsqueda, de respuestas y de toma de decisiones. Finalmente, Manolo no llegó a participar en mi ordenación religiosa pero sí en la celebración de mi matrimonio religioso, llegó a bautizar a mi hijo y, dos días antes de su muerte, le quedó algo de energías para dar la bendición a mi hijita de dos meses de na-

cida. Sin embargo, esta dimensión mas «personal» de mi experiencia al lado de Marzal, siempre fue posible mantenerla sanamente independiente de nuestro trabajo profesional y científico. Hoy, al cabo de un poco más de un año de su partida, el recuerdo del maestro permanece vivo, la nostalgia por el amigo que se fue no se ha disipado, continúa convertida en aliento permanente.

## ELSA TUEROS WAY

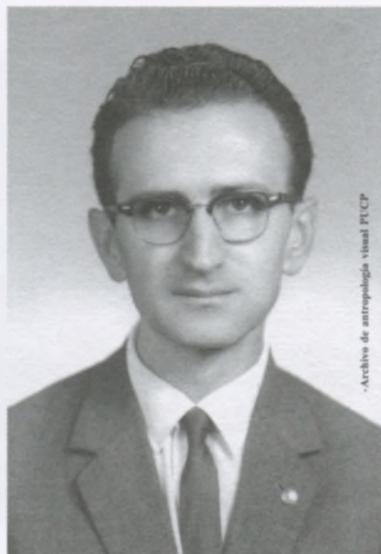
El Antropólogo Manuel María Marzal Fuentes, SJ :  
Un Educador Sin Fronteras

El Padre Manuel María Marzal Fuentes, S.J. bien puede definirse como un educador sin fronteras. Llamado por Dios desde su temprana juventud rompió las fronteras de su patria España a los dieciocho años de edad para continuar en el Perú con su formación como sacerdote en la Compañía de Jesús. Su vida se ha perpetuado en sus muchas publicaciones en el campo de la Antropología, desde las que sigue formando discípulos en todos los meridianos del mundo.

Se ordenó de sacerdote siguiendo los habituales estudios de Filosofía y Teología, ejerciendo como Maestro, como parte de la formación que todos los Jesuitas reciben.

Hizo la carrera de Filosofía en Ecuador y se graduó de Doctor en Filosofía. Más tarde en México en la Universidad Iberoamericana, hizo la carrera de Antropología, y obtuvo el grado de Magister en Antropología, estudios que definitivamente afirmaron en él el profundo conocimiento que logró sobre la naturaleza de la persona humana.

Si algo ha caracterizado al Padre Marzal como fiel sacerdote y educador, ha sido el profundo respeto por la persona. La persona situada en la propia cultura, en los invariables elementos de pertenencia cultural. Pienso que su ser de antropólogo y su innata vocación de maestro, unido ello a su exqui-



México, Marzo de 1968.

ta formación en Filosofía y Teología, dieron a su personalidad el profundo carácter de educador. Siempre lo he visto actuar desde la hondura de su ser como un verdadero maestro. Lo conocí hasta la fecha de su muerte por treinta y tres años. En ellos pude disfrutar de su magisterio, de su presencia y de su amistad. A lo largo de ese tiempo he reconocido en él un modo de tratar a la persona como un auténtico educador. Orientaba a la persona hacia el crecimiento de su libertad como autonomía y hacia la práctica de esta libertad como participación responsable del bien común. Practicaba un estilo propio para orientar. En este sentido, el estímulo era el ingrediente indispensable para que cada quien tomara libremente la decisión de ser y actuar como agente propio de su propia formación y constructor de su propio destino. Estimulaba a la persona a trabajar por la equidad y la solidaridad con la práctica constante de un respeto activo profundo y del ejercicio de un diálogo directo, sano y transparente.

Desde su habitual práctica ecuménica, todas las personas de diferente credo cabían en su espíritu y corazón, de allí que cada persona se sentía tratada como



Marzal en su primera misa.

única por la atención y el afecto que como maestro le brindaba. Lúcido y sabio en su magisterio y como persona de una profunda fe cristiana, motivaba con gran respeto a sus discípulos, colegas y amigos a hacer posible que la fe en el Dios de la Vida dialogue con todas las culturas. «Vamos a dejar que Dios sea Dios» es una frase que la ofrecía siempre con oportunidad y energía.

Como educador nos ha dejado el testimonio de ser una persona firme y constante en la búsqueda de la verdad. Por ello, era un incansable estudioso. Gran parte de su trabajo intelectual en el campo de la Antropología se recoge en más de quince obras e innumerables artículos. Asimismo ha sido editor de diversas enciclopedias y tratados de múltiples autores. Siempre lo vi fiel al extremo en el cumplimiento del deber. Vencía toda dificultad física o moral por colaborar con gran realismo en el trabajo por el bien común. Vivió enamorado de nuestra patria a la que le regaló su vida desde

su primera juventud. Fue un conocedor profundo de nuestra peruanidad. Siempre admiré en él su gran esperanza por la construcción de un Perú más humano, más cristiano, más solidario, más justo y «más vivible para todos», como solía decir. Manolo, como lo llamábamos.

Ha sido pues el educador sin fronteras que ejerció su magisterio en universidades e instituciones de distintos lugares de nuestro planeta. Igual lo vimos en México, Chile, Bolivia, Brasil, Ecuador, Argentina, Colombia, Uruguay, Paraguay, Venezuela, Estados Unidos, Alemania, España, Francia, Italia, entre otros países. Su magisterio trasciende nuestras fronteras peruanas y nos ha dejado su vida perpetuada en tantas lecciones y aprendizajes que pudimos hacer con él. Su magisterio es vida en las obras que ha dejado y en los espíritus de las personas de las muchas generaciones de antropólogos que formó. Fue el hombre de la burguesía Oliventina que siempre vivió sencillo, humilde,

dialogante y audaz. Su vida se deslizo con una marcada coherencia entre su sentir, su pensar y su hacer mantenida ésta con una serena fortaleza entre la pluralidad y la búsqueda de la unidad. Nunca destacó por su protagonismo. Era de los que discretamente se tomaba en serio lo que había que hacer, cediendo los honores, los primeros puestos y las alabanzas a los demás. Todos los que conocían a Manolo sabían dónde estaba, dispuesto siempre a escuchar y a animar.

Cada época histórica tiene sus posibilidades y sus retos. Manolo supo vivir y aprovechar las que le tocó. Siempre lo vi animoso, decidido y entusiasmado a fondo con el propio ideal. Se lanzó de lleno a comprometerse con lo que tenía a su alcance. Así lo hizo siempre. Y triunfó del todo. Sacerdote y Jesuita fiel, antropólogo de gran talla y educador sin fronteras, que nos ha enseñado cómo se vive y cómo se muere por amor al ideal de entregar la vida para que brote la Vida.

## NELLY CHUMPITAZ

A Marzal, mi amigo y consejero

Somos conocedores de las grandes cualidades del Padre Manuel Marzal (como solía llamarlo aunque me pidió que le dijese Manolo, cosa que nunca pude lograr), pero quisiera referirme en este testimonio a las vivencias personales que compartí con él: la hospitalidad y calidez que sentí cuando lo conocí, la apertura a la disponibilidad de escuchar, su sencillez, su trato tan fino y cordial. Con todo ello enseñó a amar a nuestra universidad.

Lo conocí un día muy temprano por la mañana cuando llegaba a dictar su clase de Pensamiento Antropológico 1. Siempre era muy puntual, tanto en sus clases como

en las reuniones que se programaban en la Facultad, llegaba antes de la hora y ese espacio de tiempo lo compartía con nosotras (el personal de la Secretaría de la Facultad) contándonos sobre la universidad, sus libros, sus hermanos, sus viajes y de cuando en cuando sus bromas.

Recuerdo que sus alumnos de postgrado y egresados de la especialidad requerían cartas de recomendación para presentarlas a universidades extranjeras, por lo que solicitaba mi apoyo a fin de elaborar un documento formal. Así empezamos a entablar una relación de trabajo. Colaboré con alguno de los manuscritos de sus libros, pues,

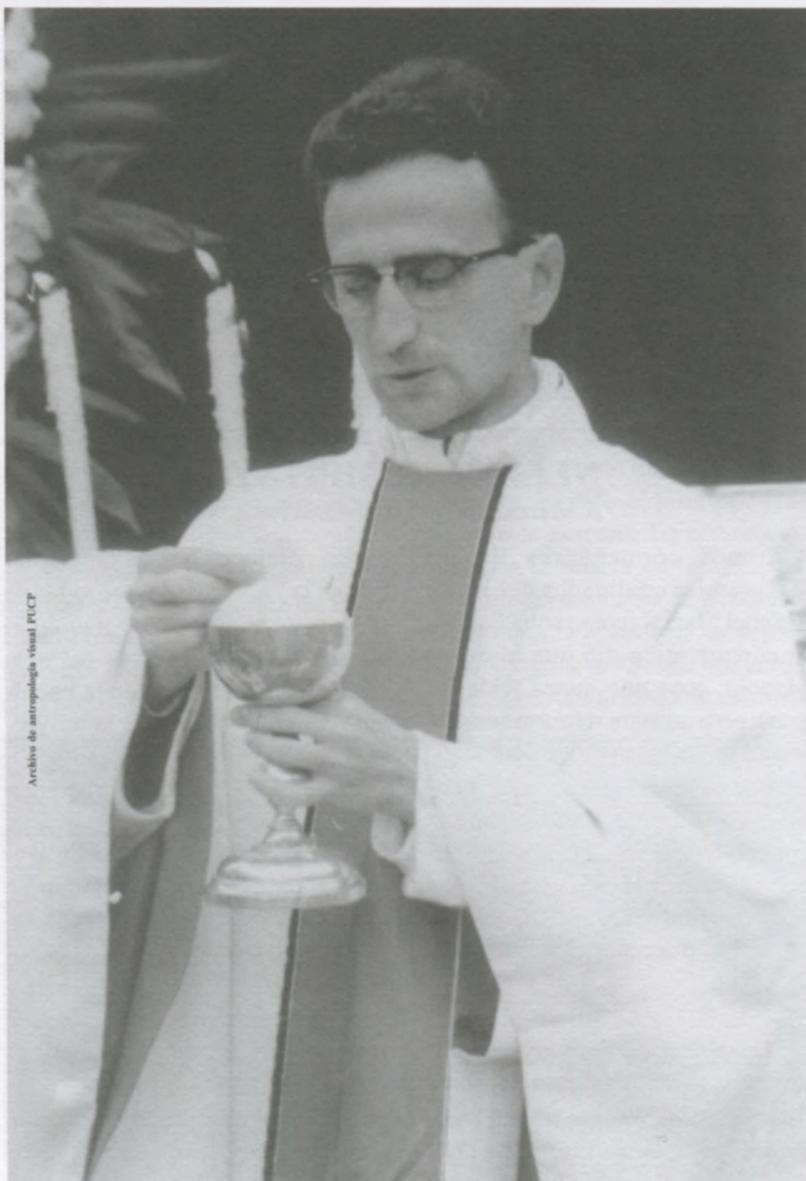


Archivo de antropología visual PUCP

con la llegada de las computadoras a la universidad, el Padre Marzal también deseaba una versión electrónica.

Compartimos con alegría su cumpleaños el 27 de octubre en el Departamento de Ciencias Sociales, le arreglamos su oficina, colocamos rosas y por supuesto no podía faltar su torta. Y así poco a poco, nuestra amistad fue creciendo. En cada viaje que realizaba, nos tenía presente, pues llegaba con algún recuerdo para todas y nos relataba sus experiencias con mucho júbilo.

Siempre admiré su manifestación de alegría cuando solía pedirle un momento de su tiempo y, sobre todo, la paz que dejaba en mí después de escucharlo. Cuando conversábamos rescataba el lado positivo de mis incidencias, me enseñó que todo tiene un proceso. Y gracias a ello, mi vida empezó a cambiar, a tomar las cosas con mayor calma y disfrutarla cada momento. Debo confesarles que trabajar en la secretaría de Antropología es una forma de disfrutar parte de mi vida, atender a la consulta de los estudiantes, apoyarlos en sus iniciativas estudiantiles y, sobre todo,



Marzal en su primera misa. México Octubre de 1963.



Marzal con su mamá en la Coruña.

aprender de cada uno de ellos y, por supuesto, no puedo dejar de mencionar a los docentes de los que siempre recibo un trato muy amable y cordial.

El último episodio que compartimos fue en su casa de la Inmaculada, dos días antes de su partida, fui y le llevé una tarjeta de los estudiantes de Antropología en la que manifestaban sus deseos de pronta mejoría; se alegró mucho al saber que los alumnos lo esperaban. También, conversamos sobre los detalles del Homenaje que se le estaba preparando en el IV CONGRESO NACIONAL DE INVESTIGACIONES EN ANTROPOLOGÍA en virtud de sus importantes aportes científicos sobre la realidad social y cultural de nuestro país, de manera especial, sobre el tema de la religión; bromeamos un poco y, así, me dejó un mensaje de humildad y fortaleza; con todo lo cual, recibí su bendición como señal de recuerdo que guardo en su memoria.

En lo personal, conservo las conversaciones sobre nuestras vidas, me queda la gracia de haber recibido sus consejos, y considero un privilegio que haya sido mi amigo, mi consejero. Lo extraño mucho, pero sé que está presente en nuestra memoria, en cada espacio que compartimos en nuestra universidad.

## YOUNG MI LEE

Los recuerdos del Padre Marzal

Quisiera compartir con ustedes algunos recuerdos sobre el Padre Marzal; él me mostró la confianza plena en la vida cotidiana como sacerdote, profesor y mi gran amigo. Me gustaría empezar con la frase del Padre Anthony de Mello: «Dentro de mí suena una melodía cuando llega mi amigo, y es mi melodía la que me hace feliz, y cuando mi amigo se va me quedo lleno de su música...».

Cuando el Padre Marzal estaba en el hospital, tuve la oportunidad de conocernos mutuamente. Lo visitaba, conversábamos muchas cosas, sobre todo, la diferencia cultural entre el Perú y Corea. Él quiso saber «el concepto de los profesores» para los coreanos, se lo expliqué para que me entendiera bien; al principio, el Padre no entendía por qué lo visitaba a menudo. Se trasladó a la clínica privada de los jesuitas en Fátima; él me daba clases «especiales» para prepararme en mi bautizo durante buen tiempo. Al final del año 2002, recibí el bautizo en la Parroquia de Fátima por el Padre Marzal. Al año siguiente, viajé a Japón para participar en el Congreso de Osaka. El Padre me ayudó con mucha atención a preparar mi ponencia y, además, me acompañó hasta el aeropuerto Jorge Chávez con mi madrina, la profesora Tueros.

Siempre me abrió su biblioteca privada de la Parroquia de Desampa-

rados; por eso, solía ir a su casa a leerlos y eventualmente pedirle prestado algunos para mi estudio. Un día del año 2004, tuve una cita con el Padre para devolverle sus libros, antes de verle, asistí a la misa, pero durante la oración alguien me robó mi mochila que estaba a mi lado. Como siempre, el Padre me dio su tiempo, me acompañó hasta la comisaría para denunciar el robo y, luego, me llevó a mi casa.

El año 2005 fue muy difícil para el Padre, porque murieron sus hermanos, él me lo comunicó, yo estaba a su lado para consolar su tristeza, pues lo entendía desde lo más profundo de mi corazón, ya que yo había tenido experiencias similares.

El año pasado cuando regresé de mi trabajo de campo, la salud del Padre estaba muy delicada; sin embargo, él trabajaba en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya como rector; siempre que le preguntaba por su salud

me decía que estaba bien. No se quejaba de su dolor corporal: lo aguantaba, aunque se notaba.

Un día de mayo, el Padre me llamó y me dijo: «Mira, Young Mi, ya estoy en Fátima». Su salud estaba en las manos de Dios, lo visitaba cuando podía y hasta sus últimos días me decía: «Young Mi, te voy a asesorar». Un día antes de su muerte, lo visité y le agradecí por todo lo que me enseñó, el Padre me contestó: «Perdona»; esa fue su última palabra para mí. El Padre fue una persona responsable y sensible con todas las personas.

Estoy muy agradecida por haber tenido una relación humana y hermosa con el Padre Marzal en el Perú, él me enseñó la otra forma de vida en este mundo. Con toda su enseñanza, estoy intentado ser una antropóloga «con corazón» e «interculturalizada» entre el mundo de Oriente y el mundo de América latina.

Muchas gracias por todo, Padre Marzal; sé que estás disfrutando la vida eterna.



Marzal en la PUCP 1984.

## JUAN LUIS OSSIO

A Manolo: el Padre, el antropólogo y el amigo

Mi primer encuentro con Manolo fue un día de 1977 en la Iglesia de Fátima. Con los años, volvería a ver al Padre en la universidad, pero esta vez en su faceta académica: la del antropólogo. Cualquiera pensaría que vocación

religiosa y académica andan por caminos separados, y hasta opuestos; sin embargo, con el Padre Marzal ocurría exactamente lo contrario, más bien como un intento de conciliar ambas, fe y ciencia, bajo un sentido social y cabalmente huma-

no. Si la teología se dedicaba a resolver el misterio de la fe y la revelación, la antropología se esforzaría por comprender el porqué de resolverlo, pero no precisamente para desencantar el misterio, sino para darle la luz del entendimiento.



Marzal con José Sánchez y Alejandro Ortiz.

No se trataría, entonces, de comprender el catolicismo en América Latina como el develamiento de una religión «natural» o «revelada» en los pueblos originarios, sino partiendo de un hecho social concreto, el sincretismo cultural y religioso que se produjo entre los pueblos americanos y occidente.

En Manolo encontrábamos, pues, al científico social, al académico por definición. Pero también al amigo y al consejero espiritual. Siempre bromista, con él nunca faltaban los momentos de buen humor con ese inconfundible estilo suyo. Cómo olvidar los encendidos debates en los cuales la chispa del Padre prendía siempre una polémica entre sus amigos sociólogos. Nos inspiraba por su sencillez (esa que a veces los científicos sociales perdemos de vista muy rápidamente) y el paternal cariño con el que siempre nos hablaba. ¿Y cómo iba a ser de otro modo? si nos enseñaba a ser tolerantes y críticos frente al mundo social, evitando confundir apariencia por realidad, tomando la prelación por el hecho empírico

en sí. Su visión durkheimiana del mundo nos hacía caer en la cuenta del carácter científico de nuestras disciplinas y del valor del trabajo de campo en la investigación social.

En una clase de Antropología de la Religión, el Padre Marzal nos presentó un documental de la fiesta del Coyllur R'iti en el Cuzco. El video nos presentaba la particular experiencia religiosa que vivió una productora norteamericana y el sentimiento de amistad que la llevó a formar parte de la comunidad. Recuerdo que teníamos que evaluar si el documental podría o no servir como material etnográfico. Definitivamente no se trataba de una investigación teórica ni metodológicamente rigurosa y, sin embargo, el padre nos hizo caer en la cuenta de que lo etnográfico no se reduce a una interpretación teórica y metodológicamente acabada de la realidad sino que es la vivencia misma, el «estar ahí», es la que nos hace ser agentes de un entorno que no precisa de mayores artilugios epistemológicos para captarlo y sentirlo en su esencia

misma. El hecho de que la norteamericana dé su propia versión de la ceremonia no deslegitimaba el valor etnográfico del documental, a saber: que toda etnografía recoge lo que como humanos percibimos y sentimos. Esa fue quizá una de las lecciones más importantes que nos dejó el Padre a quienes buscamos en las ciencias sociales un mejor conocimiento de nosotros mismos y de la sociedad en la que vivimos.

A medida que el mercado avanza y las universidades adoptan los resabios del consumo posmoderno, pareciera que fuese más y más difícil encontrar personas tan dedicadas a las humanidades y al trabajo académico como las que antaño abundaban en bibliotecas, plazas y parques. Hoy, a duras penas, es posible hallar siquiera alguno de estos escasos reductos en aulas y comedores. Jesuita de formación, Manolo era una de aquellas excepciones en plena era del marketing y de la tecnificación industrial. Su curiosidad como investigador y su pasión por la Antropología lo convierten en un paradigma entre quienes aprendimos y compartimos sus enseñanzas. Su marcado sentido del orden y la disciplina (algo que no se destila mucho entre científicos sociales) nos deberán servir de ejemplo para llevar adelante nuestros proyectos como futuros sociólogos y antropólogos, puesto que si la institucionalización de nuestras disciplinas constituye un anhelo al que muchos de nosotros aspiramos, es necesario que aprendamos de estos valores que hoy parecen rendirse a la improvisación y la informalidad institucionalizadas. Algo que, sin duda, el propio Padre lo sabía muy bien.

Gracias Manolo, pues ahora que partes a la tierra encantada sabemos que tu legado perdurará por siempre entre quienes consideraste tus hijos y amigos.

## NORMA CORREA ASTE

Noria

*«Más allá del azar y de la muerte  
duran, y cada cual tiene su historia,  
pero todo esto ocurre en esa suerte  
de cuarta dimensión, que es la memoria»*

*Adrogé*

Jorge Luis Borges

Acababa de regresar de Ayacucho cuando me enteré de la partida del Padre Marzal. Sentí mucha pena, pero ante todo sorpresa. Esta última reacción se debió a que, por casualidades de la vida, el Padre Marzal estuvo presente en dicho viaje de cierto modo. Y es que realicé trabajo de campo acompañada por Pedro, un jesuita que lo había conocido. Pedro y yo solíamos conversar sobre el Padre Marzal y sus investigaciones mientras recorríamos los polvorientos caminos que unen a las provincias de Cangallo y Víctor Fajardo. Es por ello que cuando supe de su partida no pude evitar cierta dosis de perplejidad. De manera espontánea, Pedro y yo habíamos celebrado la existencia del Padre Marzal cada vez que lo recordábamos en aquél viaje, que fue realizado en la semana de su partida.

Todos los recuerdos que compartí con Pedro en aquel viaje se referían (directa o indirectamente) al agudo sentido del humor del Padre Marzal, el cual lo caracterizó dentro y fuera de las aulas. Por ejemplo, siempre se las ingeniaba para poner en aprietos a quienes llegaban tarde a sus

clases matutinas de Pensamiento Antropológico I y III. Para ello, formulaba preguntas especialmente diseñadas para los dormilones, las cuales solían empezar con su recordada frase: «A ver, tú, que estás fresquito/a».

Recuerdo con particular cariño el semestre 2002-II. En aquel entonces, era alumna del curso

Pensamiento Antropológico III. El Padre Marzal se reintegraba a las aulas después de su último accidente, razón por la cual usaba muletas. Por ello, nuestra clase se trasladó al salón J 101, ubicado en el primer piso de la Facultad. Pocas semanas después del inicio del semestre, sufrí un accidente por el cual tuve que usar yeso en una pierna y, consecuentemente, muletas. Esta situación me permitió conocer más al Padre Marzal. No podíamos movernos mucho, así que nos quedábamos conversando en el salón durante los recreos. Me solía mencionar que extrañaba subir a su oficina. Asimismo, en alguna ocasión me retó a hacer carreritas con muletas en las escaleras del 101.

Quienes hemos pasado por las clases del Padre Marzal sabemos que fue un gran maestro. Como docente, siempre estuvo dispuesto a atender con paciencia y entusiasmo las inquietudes académicas de los alumnos, incentivándonos a hallar sus propias respuestas y motivando la reflexión crítica e independiente. El Padre Manuel Marzal fue un antropólogo por convicción, comprometido con la producción de conocimiento y defensor del trabajo de campo. Es un importante referente en nuestra disciplina, cuyos aportes deben ser conocidos por las próximas generaciones.



Marzal en los jardines de la PUCP.

## CARLOS YOUNG

En la ambigüedad, pero sin dudas. En memoria de Manuel Marzal

Recuerdo las ansias que experimenté por querer aprenderlo todo al ingresar a la Especialidad de Antropología. En la mirada de los profesores buscaba el lenguaje tácito y provocador de quienes esperan

de sus alumnos siempre lo mejor. Aquella mirada fulminante, provocadora e impenetrable la encontré en la figura del Padre Marzal o Manolo, como lo llamaban sus amigos más cercanos.

Marzal, el maestro, fue ante todo un hombre que en forma incansable transitó por los pasillos de la Facultad hasta los últimos momentos de su vida. Él representaba para todos nosotros más que un mito, fue un ser humano

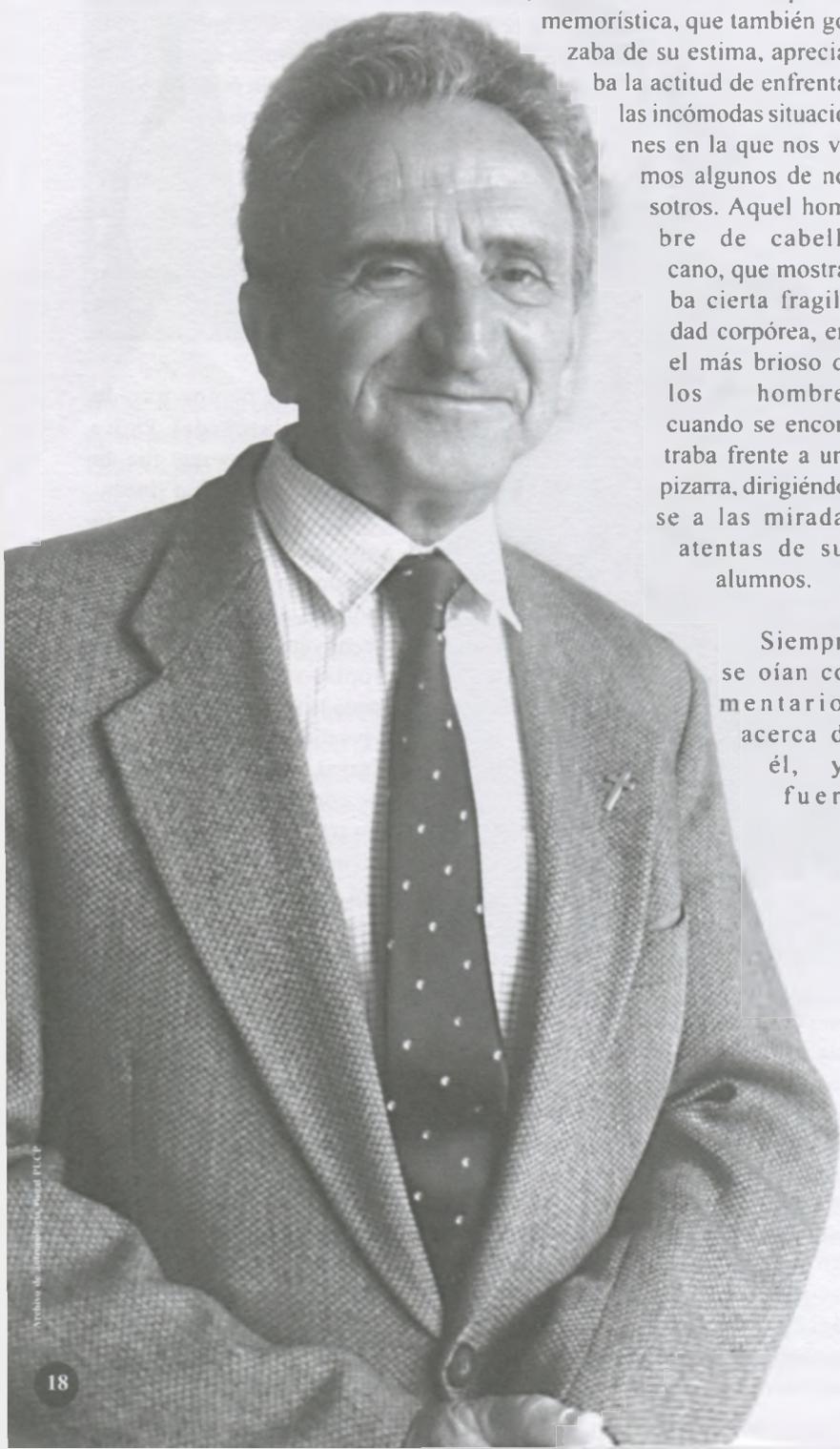
convencido en su trabajo, el cual ejercía con dignidad, y por ello irradiaba en su entorno esa aura de dedicación y convicción que causaba tanta admiración entre las personas que lo rodeaban.

En sus clases fue un profesor provocador por excelencia. Debido a ello, más de uno estuvo en un aprieto intentando contestar las preguntas aparentemente simples que nos formulaba. Aquella provocación, sin embargo, nos obligaba a improvisar elaborando los argumentos más audaces. No obstante, antes de buscar la respuesta memorística, que también gozaba de su estima, apreciaba la actitud de enfrentar las incómodas situaciones en la que nos vimos algunos de nosotros. Aquel hombre de cabello cano, que mostraba cierta fragilidad corpórea, era el más brioso de los hombres cuando se encontraba frente a una pizarra, dirigiéndose a las miradas atentas de sus alumnos.

Siempre se oían comentarios acerca de él, ya fuera

con respecto de alguna frase que dijera dictando clases como fuera de ellas. Sus observaciones frecuentemente fueron agudas e interesantes. Por otro lado, también hubo momentos de reprimenda, intentando con ello motivarnos a profundizar más en lo que estudiábamos, pues finalmente, en eso consistiría nuestro día a día. No es casualidad que sus frases hayan quedado grabadas en la memoria de todos. Hay una que particularmente me llamó la atención por la sutileza e ironía con la que solían estar impresas sus palabras. Fue precisamente en una de las últimas clases del día, en la de Antropología de la Religión, que hizo un comentario que parafraseo a continuación: *El antropólogo al estar en contacto con distintas poblaciones, muchas veces está expuesto a ser interpelado también por las personas que investiga. No sería ético en absoluto mentirles en nuestras respuestas. Por ello debemos de aprender a ser lo suficientemente ambiguos para no exponerlos a ellos como personas.* En esta frase encontramos la esencia de lo mítico, mágico y eterno que formaba parte de la personalidad de Manuel Marzal.

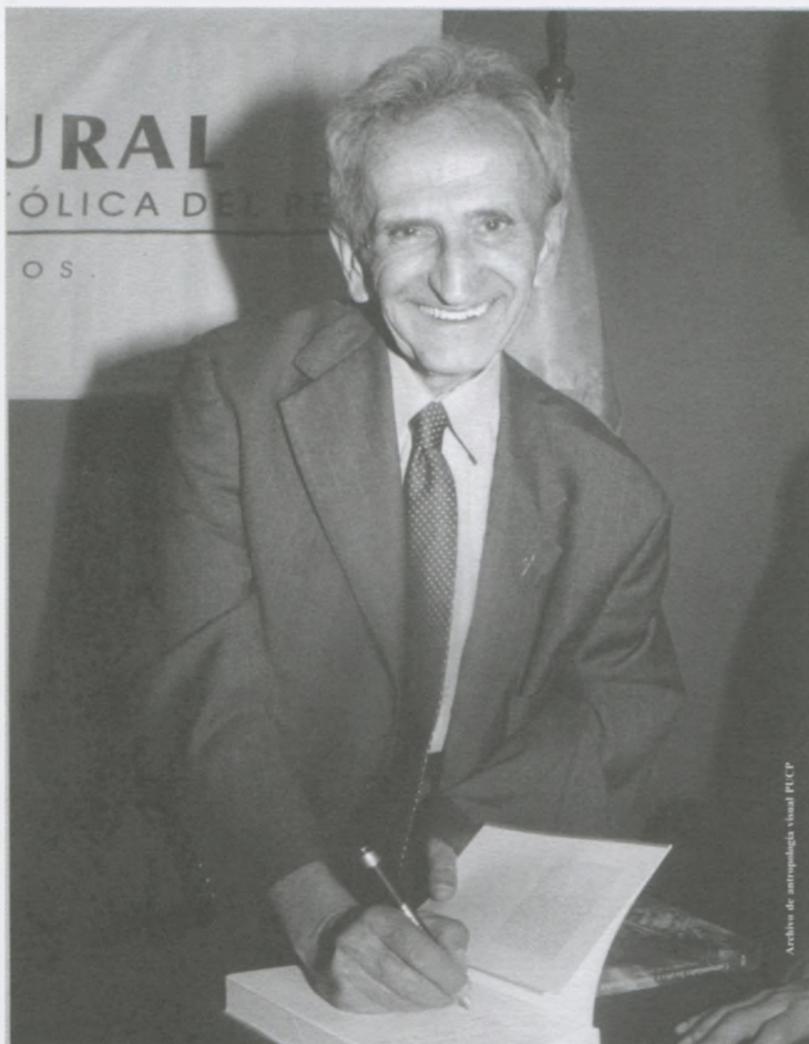
Hoy en que su ausencia ha dejado miles de ecos en los pasillos de la Facultad, aquella frase se ha repetido con mayor intensidad en mi mente, ya que representa de alguna forma la expresión de un hombre con años de experiencia en el campo, interactuando con distintas gentes en contextos culturales diversos. Deben haber sido años con equivocaciones y aciertos, de reflexión y conciencia. En fin, de alguna manera constituye su legado. Aquello que sólo podía ser recibido si uno estudiaba con él y le era leal a sus clases, si se había comprendido su mística.



En todo momento nos mostró su convicción como científico, mostrando su interés en la búsqueda por develar las incógnitas que guardaban los hechos sociales. Fue persistente en distinguir y rescatar la importancia de la comprensión antropológica desde sus bases teóricas. Nos inculcó el ejercicio del rigor académico y la actitud sutil al hablar, gustaba de precisiones etimológicas como punto de partida en sus clases con el fin de no tergiversar los conceptos ni caer en medias verdades.

La imagen que guardo es la de un maestro dispuesto siempre al diálogo y al debate sin amilanarse. Aceptó de los que lo admirábamos siempre lo que consideraba justo y nunca más que eso. La desmesura era algo que parecía disgustarlo y cuando solía encontrarse con ella en boca de otros era devuelta a sus interlocutores con traviesa ironía.

Hubo momentos, como cuando tuvo el penoso accidente automovilístico dentro de la universidad, en los que pensé encontrarlo abatido, sin embargo, lo único que hallé en su mirada fue fortaleza frente al destino y pasión por continuar. Era justamente ese espíritu el que llevaba a las aulas y lo hacía indestructible. Lo demás y lo menos importante para la academia, su incapacidad física, aunque probablemente no lo fuera para él, se perdía en la nimiedad, en lo insignificante, debido a que su dignidad lo llenaba todo y no dejaba nada más que ver. Nos enseñó el valor de la perseverancia y la fortaleza interior donde lo importante es continuar con la obra inicial. De esta manera lo vivió Manolo hasta los últimos momentos de su motivadora existencia.



*Manolo Moral*